

Pedro L. Alonso

Liderar la lucha contra la malaria

Ante la imagen de un niño que necesita ayuda, no hay ser humano que no se plantee qué hacer por él. Sin embargo, cuando la imagen se amplía y los niños se cuentan por cientos, miles o millones, sentimos que la respuesta se empieza a escapar de nuestras manos. Esta es la realidad de la malaria, una enfermedad que es curable y prevenible pero que sigue matando a dos mil personas cada día, la mayoría niños en el África subsahariana. Los avances de esta última década, en la que hemos conseguido reducir la mortalidad un 25%, evidencian que vamos por buen camino y que si no cejamos en el empeño que nos ha traído hasta aquí puede haber respuesta para quienes todavía son víctimas de esta terrible enfermedad.

Hoy, día mundial de la Malaria, quisiera compartir los logros que la sociedad española hemos conseguido y que nos han situado a la cabeza de la lucha contra una de las enfermedades que más sufrimiento ha causado en la historia de la humanidad.

España ha contribuido a un descenso espectacular en la tasa de enfermedad de la malaria. Con al menos 18 grupos diferentes que investigan actualmente en España o son financiados por fondos españoles, la ciencia de nuestro país se ha puesto al servicio de las poblaciones más vulnerables del mundo. Centros académicos y sus laboratorios, la industria privada, las operaciones en terreno de las ONGs y las plataformas de investigación en países endémicos –incluyendo el Centro de Investigación en Salud de Manhica, en Mozambique, donde se realizaron las primeras pruebas de concepto sobre la que esperamos se convierta en la primera vacuna antimalárica disponible– han trabajado en el desarrollo de nuevos fármacos, en los ensayos clínicos de la vacuna que podría estar disponible de aquí a tres años y en

estrategias innovadoras como la medicación preventiva para bebés y mujeres embarazadas, que tras la recomendación de la Organización Mundial de la Salud ha sido adoptada como política nacional en 37 de los países donde la enfermedad está más presente.

En paralelo al empuje científico, los fondos gubernamentales de la Agencia Española de Cooperación al Desarrollo –canalizados principalmente a través del Fondo Global de lucha contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria–, han sido particularmente relevantes. En la última década, Es-



JORDI BARBA

paña ha aportado casi 500 millones de euros a este innovador mecanismo financiero, convirtiéndose en uno de sus principales países donantes y contribuyendo a salvar decenas de miles de vidas. Además, las alianzas regionales para el control de la malaria en África del Oeste y el planteamiento de su eliminación en Centroamérica se han convertido en uno de los principales valores de nuestra diplomacia internacional, proyectando la imagen de España en el mundo.

Entre todos hemos logrado avanzar tanto que empezamos a trabajar en la idea de erradicar la enfermedad a nivel mundial. Desde el Instituto de Salud Global de Bar-

celona estamos coordinando los esfuerzos científicos para hacer de la agenda de la erradicación una estrategia global, una alianza donde actores públicos y privados podamos sumar esfuerzos en la investigación para acabar con esta enfermedad.

En una batalla donde cada euro cuenta, la sociedad española puede congratularse de la riqueza y profundidad de sus contribuciones y estar segura de que ésta es una buena inversión. En medio de una crisis sin precedentes, parece difícil defender la necesidad de mantener el esfuerzo que tan buenos resultados contra la malaria ha conseguido pero lo que en España supone un sacrificio enorme, en otras regiones del planeta marca la diferencia entre la vida y la muerte por no tener acceso a un tratamiento que cuesta un euro o una red mosquitera de menos de cuatro. Perseverar en el trabajo es también una oportunidad para consolidar nuestro papel de liderazgo mundial en este campo. No podemos bajar los brazos ni dar un paso atrás.

Vuelvo a la imagen del inicio. Puede que en tiempos de crisis se nos antoje lejana la terrible realidad de los cientos de miles de niños que mueren cada año por malaria. Pero de cada cuatro, en sólo una década hemos conseguido salvar a uno. Siguen quedando tres.

Fijémonos en ellos. La malaria es una de la principales causas de la pobreza y combatirla significa no sólo mejorar la salud, sino favorecer el acceso a la educación de niños más sanos e impulsar la equidad y el desarrollo económico de las comunidades. Pocas políticas de cooperación pueden presentar un historial donde España haya influido tanto en la agenda de salud mundial como en la malaria. Con voluntad política y apoyo financiero, cada vez avanzamos más rápido pero es necesario el apoyo de una opinión pública crítica e informada. La traducción en número de vidas salvadas es impresionante y, sin duda, el mejor argumento para no detenernos ahora.●

Pilar Rahola



Sutil, legal y letal

A vueltas con la posibilidad de una intervención económica de Catalunya, quisiera ahondar en la idea de ayer: la constatación que la intervención política ya se está produciendo. Por supuesto, nadie le llama *intervención*, no fuera caso que sonara antipático. Pero lo cierto es que desde hace mucho, las reglas del juego entre España y Catalunya han roto el equilibrio, y ya no son de ida y vuelta, sino de vuelta a la ida. Es decir, aquello que se dio a Catalunya, que sea retornado por los inescrutables caminos que tiene el Estado, vía leyes que invaden competencias, vía recortes que bendice el Constitucional, vía sentencias que los tribunales emiten. Sea como fuere, toda la poderosa maquinaria del Estado, cuyos resortes arraigan en todos los despachos, dedica su tiempo libre a recuperar el poder cedido. Y no conozco ni una sola de estas recentralizaciones que haya sido frenada por la reacción catalana. Sencillamente, vamos perdiendo competencias, debilitados por la desunión endémica de los partidos catalanes, la inhibición de algunos y la traición de otros. Mucho ruido cuatribarrado y alguna manifestación para subir la moral, pero ninguna nuez para blindar lo que parecía propio. Perdemos agua competencial por todas las vías, y nadie sabe cómo pararlo.

Los últimos acontecimientos apor-

Si las huestes de Wert avanzan por el lado lingüístico, Fernández Díaz lo hace por el policial

tan dos significativos gestos en este sentido. Por un lado llega el ministro Wert y suelta un muslito de catalán, para alimentar el voraz apetito de los irredentos micrófonos que salvaguardan el honor del castellano contra la maldad imperial catalana. Y así, como si nada, el hombre asegura que “garantizará los derechos de los castellano-hablantes en Catalunya”, como si no existieran dichos derechos, como si el Parlament catalán fuera de cera, como si no tuviéramos leyes ni gobierno y, por supuesto, como si no fuera cosa de su ministerio garantizar que el único idioma débil, el catalán, no desaparezca. Pero no me interesa tanto el buen señor Wert convertido en un Rivera cualquiera, sino la seguridad con la que cree que puede intervenir en nuestra política lingüística. Y si las huestes de Wert avanzan por el lado lingüístico, el ministro Fernández Díaz lo hace por el flanco policial. Por supuesto, todo queda muy legal y sensato. Barcelona será sede de la cumbre del Banco Central Europeo, y como somos tan poca cosa, el Estado asumirá el control policial, los Mossos se pondrán firmes ante la Policía Nacional y el conseller Puig hará de brazo ejecutor de las órdenes del secretario de Ignacio Ulloa, que será el auténtico poder en seguridad. O sea, que gran despliegue de los Mossos, para que al primer reto vengan los nacionales y los pongan firmes. El ministro Fernández Díaz, que es muy simpático, le llama “colaboración”, y aquí le reímos el chiste. Y así, sumando, vamos siendo intervenidos. Todo muy sutil, todo muy legal y todo muy letal.●

Ricard Zapata-Barrero

Diversidad y tradición

Probablemente el vínculo diversidad/cohesión social está resuelto dentro de nuestro debate público. Uno de los objetivos básicos de las políticas de acomodación de la diversidad es asegurar la cohesión. Esta convicción parte de la premisa de que las diferentes expresiones de diversidad (culturales, lingüísticas, religiosas), dejadas en su propia dinámica social, tienden a fragmentar la sociedad. Cohesión significa aquí unión, establecer vínculos, fomentar espacios compartidos, una “cultura pública común”, como identifica el Pacte Nacional per a la Immigració.

Si este es el objetivo colectivo, poco se ha debatido sobre qué base fundamenta los contenidos. Los valores comunes mínimos que

compartir, los límites de lo que podemos y lo que no podemos tolerar, y los límites de los que limitan la diversidad. Hay un vínculo que me gustaría proponer para su debate: diversidad y tradición. Porque creo que el Gobierno tendría que resolver ya algunas cuestiones, para evitar fomentar ambigüedades discursivas que siempre son, como saben, un cultivo del populismo. Aquí hay muchos temas, pero también muchos peligros.

Aquí entra la relación entre diversidad y tradición, poco debatida. Tradición, en términos weberianos, es lo que “siempre ha existido”. No sólo de valores democráticos, sino del poder basado en la tradición cristiana, que habla una lengua y tiene unas costumbres culturales que están aquí “desde siempre”. Según este mirador, es difícil poner en el mismo nivel la lengua china y la catalana, la fiesta nacional de Ecuador y el

Onze de Setembre, Navidad y ramadanes. Visto el mundo desde la diversidad, los argumentos de la igualdad tropiezan con la tradición. Lo que debe debatirse es si la diversidad puede formar parte de nuestra tradición o si ambas están condenadas al divorcio.

Esta ideología de la tradición es compleja. Entran muchos valores, y contradictorios, de libertad e igualdad de género, por ejemplo, que tampoco están resueltos del todo dentro de la tradición cristiana, valores de uso público de la lengua y determinadas costumbres y fiestas nacionales. Una reafirmación de la tradición ha sido un argumento de autoridad para excluir del espacio público los toros, por ejemplo. ¿Cómo resolvemos este vínculo pensando en nuestros nuevos perfiles de ciudadanía debido a la inmigración? El debate es decisivo para ir construyendo esta cultura pública común.●